

que han hecho reverdecer su follage y dar mayor atractivo á su refrigerante sombra.

En esto hay que hacer una reflexion, de esas que á la vez de consolar el fatigado espíritu de los fieles, irrita el ánimo de los espíritus arrogantes, porque en su ciega altivez, no ven ni quieren ver esos misteriosos hilos que encadenando todos los acontecimientos vuelven á parar en la misma mano poderosa de donde salieron. Los primeros operarios evangélicos que vinieron á plantar y á cultivar esta parte de la viña; recibieron un mandato del superior, ministro del Hombre Dios que envió á sus discípulos con la plenitud de autoridad que habia recibido de su Padre Celestial. "Y al mérito de la santa obediencia, mando, que vayais, y traigais fruto y *vuestro fruto permanezca.*" (1)

Y á la verdad, ninguna cosa mas natural, que en este suelo deba permanecer el delicado y esquisito fruto de la civilizacion cristiana, cuando él estaba predestinado para servir de gloriosa repiza á la poderosa planta de la *Mujer Fuerte*, de la *Bienaventurada María*, para destruir el error al quebrantar la cabeza del cruel verdugo de la humanidad: y no se crea que esto es un delirio de la imaginacion ó una nécia inventiva de una piedad exagerada, es una palpable realidad, un hecho comprobado que será objeto del capítulo siguiente.

1. Patente de obediencia del P. Fr. Francisco de los Angeles, General de la orden de franciscanos, á los 12 primeros religiosos que pasaron á este suelo.

### CAPITULO XXXIX.

#### Maravillosa aparicion de la Bienaventurada Virgen Maria, en el cerro del Tepeyac, ó Tepeyacac.

Para satisfacer á la materia de este capítulo, es preciso insertar á la letra la relacion que hace de este prodigio el Dr. D. Luis Becerra Tanco, en su obra intitulada: «*Felicidad de México en la admirable aparicion de la Virgen María Nuestra Señora de Guadalupe, y origen de su milagrosa imagen.*» porque esta relacion no solo está conforme con los mapas, cantares, y tradiciones con textos de los antiguos mexicanos, sino copiado literalmente de la relacion escrita en lengua mexicana, por los mismos naturales contemporáneos al prodigioso acontecimiento. Dice así.

Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor nuestro de 1531 y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la N. E. cumplidos 10 años y casi cuatro meses, sábado muy de mañana antes de esclarecer la aurora, á nueve dias del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra santa fé católica, el cual en el santo bautismo se llamó Juan y por sobrenombre Diego, natural segun fama del pueblo de Cuautitlan, distante cuatro leguas de esta ciudad hácia la parte del Norte, y casado con una india que se llamó María Lucía, de la calidad de su marido, venia del pueblo en que residia (dícese haber sido el de Tolpetlac; en que era vecino) al templo de Santia-

go el mayor, patron de España, que es el barrio de Tlatelolco, doctrina de los religiosos de Sr. San Francisco, á oír la misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño, que se decia Tepyacac, que significa extremidad ó remate agudo de los cerros, que el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, oyó el indio en la cumbre del cerrillo y en una ceja de peñascos, que se levantaba sobre el llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que segun dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coros los unos á los otros con singular concierto; y alzando la vista al lugar de donde su imaginacion se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto, y como fuera de sí en un suave arrobamiento sin temor ni turbacion alguna, sintiendo dentro de su corazon un júbilo y alborozo inexplicable..... Estando en esta suspension y embelesamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre «Juan» con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salia de los esplendores de aquella nube, y que le decian que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.»

«Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se vé en su bendita Imágen, conforme á las señas que dió el indio, de palabra; y hablándole aquella Señora con semblante apacible y alhagüejo, en idioma mexicano, le dijo, «Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado (que todo esto suena la locucion del lenguaje mexicano) ¿adonde vas? Respondió el indio: «Voy, noble

«dueño, y Señora mia, á México y al barrio de «Tlatelolco» «á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios «sustitutos suyos.» Habiéndole oído María Santísima le dijo así: «Sábeta, hijo mio muy querido, que yo soy la «siempre Virgen María Madre del verdadero Dios, Autor «de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como Madre piadosa «tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y me buscan, y de todos los que solicitan mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles «consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, «has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo, «que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es «gusto mio que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto tú, que «te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por él: has oído hijo «mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres; y así harás en esto todo «el esfuerzo que pudieres.» Postrándose el indio en tierra, le respondió: «Ya voy, nobilísima Señora y dueño mio, «á poner por obra tu mandato, como humilde siervo: quédate en buena hora.» Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cojió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecucion de lo prometido fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, y entró en el palacio del Sr. Obispo: era éste el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Sr. Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle; no le avisaron lue-

go, hora porque era muy demañana, ó porque le vieron pobre y humilde: obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada diciéndole «que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella madrugada;» y refirió cuanto habia visto y oido, segun que dejamos dicho. Oyó con admiracion lo que afirmaba el indio, estrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó: ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese ilusion del demonio por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religion; y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido, y le habló constante; con todo le despidió, diciendo que volviese de allí á algunos dias, porque queria inquirir el negocio á que habia ido muy de raiz, y le oiria mas de espacio. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fé y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima de quien era mensagero.»

«Volvió Juan Diego este propio dia sobre tarde puestas el sol, al pueblo en que vivia. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrito en que por la mañana habia visto y hablado á la Virgen María, halló que lo aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrándose en su acatamiento dijo: «Niña mia muy querida, mi reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el obispo, hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto le dí tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atención; mas á lo que yo vi en él, y segun las preguntas que me hizo, colegí que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí mas despacio el negocio á que iba,

«y escudriñarlo muy de raiz. Presumió que el templo que pides se te labre, es ficcion mia, ó antojo mío, y no «voluntad tuya: y así te ruego que envíes para esto alguna persona noble y principal digna de respeto, á quien «deba darse crédito; porque ya ves dueño mio que soy un «pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es «para mi este negocio á que me envias: perdona, reina «mia, mi atrevimiento, si en algo he escedido al decoro «que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caido en «tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.»

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oido, le dijo así: «Oye, hijo «muy amado, sábetete que no me faltan sirvientes ni criados «á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar si quisiera, y que harian lo que les ordenase; mas «conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, «y por intervencion tuya ha de tener efecto mi voluntad y «mi deseo; y así te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana á ver y hablar al Obispo, y le digas que me «labre el templo que le pido, y que quien te envia es la «Virgen María Madre de Dios verdadero.» Respondió Juan Diego: «No recibas disgusto, reina y Señora mia, «de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad y «con todo mi corazon á obedecer tu mandato, y llevar tu «mensaje, que no me escuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto ni bien oido; ó ya que me «coiga el Obispo, no me dará crédito; con todo haré lo que «me ordenas; y esperaré, Señora, mañana en la tarde «en este lugar al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que «me diere: y así queda en paz alta niña mia, y Dios te «guarde.» Despidióse el indio con profunda humildad y se fué á su pueblo y casa.

«En el dia siguiente Domingo diez de Diciembre, vino

Juan al templo de Santiago «Tlalteloleco» á oír misa, y asistir á la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia por sus barrios, volvió el indio al palacio del Sr. Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho los familiares del Sr. Obispo el avisarle para que le oyese, habiendo entrado, humillado en su presencia le dijo con lágrimas y gemidos «como por segunda vez habia visto á la Madre de Dios en el propio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del recado que le habia dado antes; y que de nuevo le habia mandado volver á su presencia á decirle que se edificase un templo en aquel sitio que le habia visto y hablado; y que se certificase como era la madre de Jesucristo la que lo enviaba y la siempre Virgen María.

«Oyole con mayor atencion el Sr. Obispo y empezó á moverse á darle crédito, y para certificarse mas del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas acerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decia, y acerca de las señas que tenia la Señora que lo enviaba; y aunque por ellas reconoció que no podia ser sueño ni ficcion del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relacion sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: «que no era bastante lo que le habia dicho, para poner luego por obra lo que pretendia; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas, de donde «coligiese que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y «que era voluntad suya que se le labrase templo.» Respondió el indio: que «viese cual seña queria, para que la «pidiese.»

«Habiendo hecho reparar el Sr. Obispo que no habia puesto escusa en pedir la seña el indio, ni dudado en ello,

antes sin turbacion alguna habia dicho que escogiese la seña que le pareciese, llamó á dos personas, las de mas confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana que no entendia el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento, y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguian, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que habia señalado, y en que afirmaba haber visto á la Virgen Maria; y que advirtiesen con quien hablaba, y le trajesen razon de todo cuanto viesen y entendiesen: hizose así conforme á la orden del Sr. Obispo. Despedido el indio de la presencia de su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el rio que por aquella parte, y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que le seguian; y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron; y teniéndole por embaucador y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él; y habiendo informado de todo al Sr. Obispo, le pidieron que no le diese crédito, y que le castigase por el embeleco, si volviese.

«Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Sr. Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á «Maria Santisima,» que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio á su presencia, le dijo «como en cumplimiento de «su mandato habia vuelto al palacio del Obispo, y le habia dado su mensaje; y que despues de varias preguntas «y repreguntas que le habia hecho, le dijo no era bastante su simple relacion, para tomar resolucion en un negocio tan grave, y que se pidiese, Señora, una seña cierta

“por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase el templo en este sitio.”

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese el día siguiente al mismo parage, y que allí le daría la señal cierta con que el obispo le diese crédito; y despidióse el indio cortesmente, prometida la obediencia.

“Pasó el día siguiente, lunes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que se le habia ordenado, porque cuando llegó á su pueblo halló enfermo á un tío suyo llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente, y tenia en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman “cocolixtli,” y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en ir en busca de un médico de los suyos para que le aplicase algun remedio; y habiéndole conducido á donde estaba el enfermo se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago Tlaltelolco á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema-Uncion, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del día Mártes 12 de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar á uno de los sacerdotes; y volver en su compañía; y así como empezó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir á la cumbre del montecillo por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la «Virgen María», como habia prometido; y le pareció, que si llegase al lugar en que le habia visto, habia de reprenderlo por no haber vuelto, como le habia ordenado; y juzgando con su candidez, que escogiendo otra vereda, que seguia por lo bajo y

falda del montecillo, no le veria ni detendria; y porque requería prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado podria volver á pedir la señal que habia de llevarle al Sr. Obispo: hizolo así; y habiendo pasado el parage donde mana una fuente de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

«Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y djóle “Adónde vas, hijo mio, y que camino es el que has seguido?” Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación postrado de rodillas: «Niña mia muy amada, y «Señora mia, Dios te guarde. ¿Cómo haz amanecido? ¿estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabedueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo «y mi tío, de un accidente grave y mortal: y porque se vé «muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlaltelolco en la «ciudad á llamar un sacerdote que venga á confesarle y «colearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte, y «despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este «lugar á obedecer tu mandato. Perdóname te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso «de hacer lo que haz mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.» Oyó María Santísima con semblante apacible la «disculpa del indio, y le dijo de esta suerte: «Oye, hijo «mio, lo que te digo ahora: no te molestes ni asija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni «dolor. ¿No estoy aquí yo que soy tu madre? ¿No estás «debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida «y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? «¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguna de la enfermedad de tu tío, que no ha de mo-

«rir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano» (y fué así segun se supo despues, como se dirá adelante.) Así que oyó Juan Diego, estas razones quedó tan consolado y satisfecho, que dijo: «pues enviame, Señora mia, á ver al Obispo, y dame la señal que me dijiste para que me «de crédito.» Dijo María Santísima: «Sube, hijo mio «muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me «haz visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, «y recógelas en el regazo de tu capa, tráelas á mi pre- «sencia, y te diré lo que haz de hacer y decir.» Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar por ser todas peñascos, y que no producian cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilmá como acostumbra los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella; y llevólas á la presencia de la Virgen María que le aguardó al pié de un árbol que llaman «Quazahuatl» los indios que es lo mismo que el «árbol de telas de araña ó árbol ayuno,» (el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre y solo dá unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio juzgo que es un tronco antiguo que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vereda por donde se sube á la cumbre por la vanda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente; y aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imágen;) porque humillado el indio en la presencia de la Virgen «María» le mostró las rosas que habia cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo: «Ves aquí la señal «que haz de llevar al Obispo y le dirás, que por señas de «estas rosas haga lo que le ordeno; y ten cuidado hijo con «esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No

«muestres á persona alguna en el camino lo que llevais, ni «despliegas tu capa, sino en presencia del Obispo, y dí- «de lo que te mando hacer ahora, y con esto le pondrás «ánimo para que ponga por obra mi templo.» Y dicho esto le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendria buen suceso, y surtiria efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas, sin soltar alguna, las venia mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.»

«Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa; quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta. Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo; y habiendo entrado el indio á su presencia y dádole su mensaje, añadió que llevaba las señas que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas «y se vió en ella pintada la Imágen de María Santísima,» como se ve el dia de hoy. Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocío, como recién cortadas siendo el tiempo mas riguroso del invierno en este clima; y (lo que es mas) «de la santa imágen que apareció pintada en la manta,» habiendo venerado como cosa celestial y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenia atras en el cerebro, y la llevó á su oratorio, y colocada con decencia la imágen,